



CONCURSO CIENTÍFICO-LITERARIO #RosaMontero

PRIMER PREMIO

Autor: Manuel Padín Fernández

LAS LUCES DE BRUSELAS

Era 29 de noviembre de 1911, un día nublado y con una lluvia intermitente que no conseguía sumirme en esa generalizada melancolía. Intenté abrirme camino entre la enorme masa de personas y maletas, de lágrimas y emociones, que había en la estación aquel día.

Había llegado la hora. Cogí mi vieja maleta, mi paraguas y mi inseparable sombrero negro. El tren para Bruselas estaba a punto de partir. Me despedí con un fuerte abrazo de mi querida mujer y con mil besos de mis hijos.

Di un último adiós con la mano, y un mozo me ayudó a cargar mi equipaje. Yo ya no era aquel joven fuerte y enérgico que trabajaba en la industria química de producción de sosa día y noche...

Subí al tren con prisa, casi cuando arrancaba. Tomé asiento al lado de una joven inmigrante de origen ruso que me estuvo, durante largo rato, interrogando con preguntas sobre mi vida personal. Por fortuna, se bajó a las dos horas y tuve tiempo para reflexionar acerca de la emocionante reunión de grandes mentes científicas, que se iban a congregarse en los próximos días en Bruselas: la Conferencia Solvay. El tema principal era "Radiación y los Cuantos", y durante esta Conferencia íbamos a debatir, exponer, dialogar y sobre todo aprender de los demás, de sus hipótesis y teorías. ¡Qué ganas de comenzar ya!

Tras largo rato de comprobar la lista de ilustres invitados, estuve leyendo el horario estipulado por mi compañero, gran físico y amigo, Hendrik Lorentz, a quien había concedido el cargo de presidente de la Conferencia.

Afuera seguía lloviendo, las gotas surcaban de arriba a abajo el cristal, podía ver mi barba blanca reflejada en él. Observando el gris páramo de inhabitadas regiones pasaba el tiempo. El cómodo asiento aterciopelado rojo me infundía un enorme sueño y, aunque me intentaba resistir, había sido un día de grandes cambios y emociones. Caí profundamente dormido.

Me incorporé bruscamente con el desagradable sonido de un largo pitido, levanté poco a poco mis ancianos párpados; aún seguía recostado en el asiento. Miré a mi alrededor, ya no había nadie, el tren estaba vacío. Me puse a caminar rápidamente y cuando me disponía a salir, un fornido hombre con un poblado bigote negro me dijo: -Señor Solvay, espero que disfrute su estancia en París-. Se dio la vuelta y con el mismo paso alegre con el que había venido se marchó.

No podía ser, tenía que estar equivocado, yo iba a Bruselas, no a París. Bajé del tren y pregunté a una señora que transitaba con ágil caminar por una calle.

En efecto, estaba en París. Desilusionado y entristecido -acorde con aquel día apagado-, pude corroborar mi error. ¡Qué necio había sido al no revisar mi billete! Ahora resultaba imposible llegar a tiempo a la esperada conferencia.

Todo esto no podía salir a la luz, por aquellos tiempos la prensa me condecoraba como a un filántropo, como al mecenas de la ciencia e incluso me habían apodado como "el Carnegie Belga". Por todo esto y por mi prestigio como científico, este hecho no podía esclarecerse. ¿Qué pensarían de mí aquellos que leyeran que Ernest Solvay, promotor y productor de la Conferencia Solvay en la que se reunían decenas de brillantes mentes, había llegado un día tarde al no coger su tren correspondiente?

Para un hombre de tan avanzada edad como yo, eso era una deshonra, es por ello que procedí con enorme discreción, para evitar así burlas, risas y un gran desprestigio.

Y esto es un gran secreto que nunca divulgaron los veintitrés hombres que tanto me harían amar la ciencia en los próximos días. Lo que sucedió fue lo siguiente:

Tras darme cuenta de mi error, decidí contactar con Henrik Lorentz para advertirle de mi futuro retraso, pidiéndole de igual manera que llevara el tema con completo secretismo y que no quedara huella de mi ausencia en el comienzo de la congregación de científicos.

Después de avisar y coger un billete para el tren, que esta vez sí partiría para Bruselas, cogí mi bombín y mi paraguas y, chapoteando por los charcos de las lúgubres calles de París, comencé a andar con un alicaído ánimo por esta nueva y desconocida ciudad antes de ir al hotel.

Me levanté con un azul cielo que asomaba, tímido, por el ventanuco del hotel. Me comí un desayuno ligero y salí en busca de mi añorado tren. El taxi me llevó hasta la estación, me esperaba un largo, larguísimo viaje.

Aburrido, no paraba de pensar en lo que me estaba perdiendo, quizás en ese momento debatían acerca de la teoría de la relatividad especial del joven Einstein, sobre la que habían estudiado los también presentes Henry Poincaré y mi amigo Henrik Lorentz; o quizás debatían sobre física estadística o mecánica cuántica, o sobre el tan sugerente e innovador tema de la radiación, descubierta por la única mujer de la reunión, la magnífica Marie Curie. Pero yo seguía con la cabeza apoyada en la azafranada cortina del segundo vagón. Ya quedaba poco, la gente comenzaba a impacientarse y a levantarse de sus asientos, y es que se podía ver, en la profunda noche, las luces de la ciudad de Bruselas. Como si de una brasa que no acaba de apagarse se tratara, Bruselas, recostada sobre una pequeña loma, me maravilló nada más verla. ¡Qué gran primera impresión, qué bello paraje! Toda aquella oscuridad interrumpida por miles de bombillitas que abrían hueco a nuestros ojos, permitiéndonos ver la verdad y la belleza de esa admirable ciudad medieval con tanta historia.

Nada más llegar, me fui directo al hotel de alto prestigio donde nos íbamos a hospedar esos apasionados siete días: el Hotel Metropole. Cargué las cosas y entré a mi habitación dispuesto a soñar con el día de mañana y, sobre todo, a descansar, ya que iban a acontecer largos días de divulgación, debate y gran aprendizaje, para mí y para todos. Debía aprovechar cada segundo y cada instante, olvidando así el tiempo perdido, ¡qué vergüenza mi tardanza!

Llegué el primero a la sala de reuniones, faltaba media hora y quería, antes de empezar la jornada, conocer qué habían hecho durante mi ausencia y, por supuesto, saludar a todos los integrantes de la Conferencia Solvay.

Primero vino Einstein, con su distraída y burlona mirada de genio, luego Ernest Rutherford, siempre alegre y atento, más tarde Paul Langevin, soñador y melancólico, después Walther Nernst, con su característico bigote y sus inconfundibles gafas... Fueron llegando y, uno a uno, les fui dando la bienvenida, intentando dejar de lado el tema de mi retraso; aunque más tarde me disculparía y explicaría todo en público. Mientras hablaba con ellos les iba estudiando, les cuestionaba sobre qué estaban realizando cada uno o qué proyectos e investigaciones tenían en mente.

Finalmente llegó Marie Curie: mujer fuerte, decidida y brillante. La única mujer de la sala, la única mujer que había ganado dos premios Nobel, la única que los había conseguido en dos categorías diferentes, la única que, junto a su fallecido y amado Pierre, había revelado a la ciencia los secretos del radio y sus usos, la única...

Ella era única: una mujer radioactiva escondida tras esa fachada de mujer triste y desilusionada. La prensa le estaba haciendo la vida imposible. Todo a causa de su relación con un hombre casado, el científico Paul Langevin, presente en la conferencia y a quien yo tenía en gran estima.

¡Qué maravilla estar con todos ellos en la misma sala! Agotados mentalmente, nos despedíamos por la noche para reunirnos por la mañana hasta la puesta de sol. Pero esto solo duró siete intensos días. Siete días en los que poder contrastar ideas y sólidos fundamentos científicos durante horas y horas. Tan intensos y apasionados coloquios nos llevaban a enfrascarnos de una forma increíble en el tema.

Es así que nos considerábamos unos enamorados del saber científico y del conocimiento, dejando de lado a veces el comer u olvidándonos de dormir en ese estado de “locura”.

Hubo tantos temas expuestos bajo nuestro crítico análisis y metódico razonamiento científico, que sería difícil ir hablando de cada uno. Intentaré hacer un esfuerzo: nuestros compañeros Warburg, Rubens y Planck hablaron sobre la radiación del cuerpo negro. Este sombrío tema nos tuvo retenidos a nuestros respectivos asientos largas horas y, aunque resulta paradójico, a muchos de nosotros nos iluminó para seguir investigando este campo. A su vez, Lorentz, Jeans y Knudsen debatieron acerca del principio de equipartición y de la teoría cinético-estadística de los gases, incluyendo también una amplia exposición de Perrin sobre las “Pruebas de la realidad molecular”, donde se exponía la confirmación experimental de los trabajos del joven Einstein. Éste, que fue uno de los principales y más importantes temas de la Conferencia, nos llevó, como olas de un mar caprichoso y embravecido, acercándonos y más tarde alejándonos de aquello que perseguíamos desde el comienzo y que a cada día que pasaba nos parecía más inalcanzable: “el modelo definitivo”. Después de esto, abordamos las radiaciones y su emisión, que fueron tratadas por Sommerfeld y, cómo no, por Marie Curie. Fue su conocido “amor platónico” Paul Langevin, quien nos habló de la teoría cinética del magnetismo y su grandísima relevancia. La recién descubierta superconductividad de determinados elementos fue expuesta por nuestro compañero Kammerling-Onnes, quien, entusiasmado, nos fue revelando los últimos hallazgos. Einstein y Nernst nos hablaron de los posibles usos de la teoría de los cuanta aplicados al estudio, a bajas temperaturas, de las propiedades termodinámicas.

¡Cuántos maravillosos temas nos arrebataron el sueño aquellos días frenéticos! Pero podemos agrupar la mayoría de los temas propuestos en esos días en tres grandes bloques: la radiación, la mecánica cuántica y el modelo atómico. Como yo dije en la carta de invitación a la conferencia: “nos encontramos, en estos momentos, en medio de una nueva evolución de los principios sobre los que se basa la teoría clásica molecular y cinética de la materia”.

Estuvimos, durante estos siete días de investigación, intentando formar el modelo molecular definitivo, un modelo definitivo el cual agrupase las nuevas teorías propuestas: la teoría cuántica de Max Planck y la teoría de la relatividad espacial de Albert Einstein, nuestra joven promesa de la ciencia. Pero aunque insaciablemente lo intentamos, no conseguimos alcanzar el soñado modelo definitivo, incluso algunos comenzaron a dudar de la validez de la hipótesis cuántica, proponiendo una vuelta a las ideas clásicas.

Los días pasaron volando. Llegó el último día y, como niños a los que se les acaban sus vacaciones en la playa, tuvimos que abandonar el Hotel Metropole contra nuestra voluntad.

Al igual que los vi entrar el primer día, los vi salir. Uno a uno fueron dándome su impresión sobre este innovador proyecto, este “Aquelarre de los Brujos”, como definió Einstein aquella inolvidable y fructífera reunión.

Todos ellos salieron enormemente agradecidos, con numerosos estímulos y nuevos caminos y campos por los que pisar la nieve virgen de la ciencia. La física cuántica fue sin duda el mayor de ellos.

Y al igual que el primer día, Marie Curie fue la última. Había estado discutiendo con Henry Poincaré desde el inicio, y se le podía ver distraída y alegre. Había olvidado, o por lo menos dejado de lado, sus preocupaciones.

Parecía que ella iba a salir, pero entonces me vio apoyado en el marco de la puerta y con la mirada perdida. Se acercó y me dijo una frase, que me hizo entender que todo aquello conseguido por nosotros había sido un éxito y que debía repetirse, costase lo que costase: “Señor Solvay, estoy tremendamente agradecida por lo que ha hecho, por ver que hay gente que todavía cree en el avance de la ciencia y en su investigación. Solo espero que lo que hemos logrado en estos siete días, este ambiente de creación y desarrollo, se repita cuanto antes, y que quede gente como usted siempre en la Tierra. Muchas gracias Sr. Solvay”. Con una amplia sonrisa, algo poco frecuente en ella, extendió



su brazo y me dejó entre la camisa y el chaleco un sobre, dentro del que había una foto que debió de ser tomada el primer día, es decir, durante mi ausencia. En la foto, aparecían los veintitrés científicos rodeando la mesa de la sala de reuniones, ¡y también aparecía yo! Sí, alguien tuvo que donar su anónimo cuerpo para la historia. Y en lugar de su cabeza pegaron la mía con una habilidad sorprendente. Por eso, en la imagen, parece que estoy como sacado de contexto, gruñón y a la vez impasible, parezco una fría estatua con la mirada perdida a ninguna parte y con una barba y un pelo blanquísimos. Quizás sea ésta la única huella para el futuro de mi historia, de nuestra historia. Quizás nunca nadie sepa lo que pasó allí realmente, quién sabe.

Vuelvo a mirar la foto y sonrío al verlos a todos juntos, reunidos y felices, ¡qué gran privilegio! Doy la vuelta a la hoja y veo, ante mi sorpresa, una nota que dice:

“De su agradecida y fiel amiga Marie Curie. Ha sido un enorme placer. Espero volver a verle y que la próxima vez que nos encontremos no llegue tarde”.

Estuve saboreando el momento durante una larga media hora, entendiendo, por primera vez en mucho tiempo, que el amor al conocimiento y al saber no se extinguirá nunca, porque nunca dejarán de existir “hombres buenos”, y “mujeres buenas” como por supuesto madame Curie, personas capaces de ir un paso más allá, personas preocupadas y con talento.

Ahora recuerdo, sentado en mi sofá, aquellos días de locura y agitación, de ideas y pensamientos.

Recuerdo ese final de todo o quizás comienzo de algo más grande. No viviré lo suficiente para entender su alcance o impacto, quizás solamente sea una reunión que se abandone en la memoria de dos docenas de genios, pero para mí fue algo grande.

Recuerdo aquella acogedora última noche en la ciudad de Bruselas. Salí el último del hotel, hacía mucho frío, llegué a la estación y tras comprobar que aquel era el tren correcto, subí y arrancó. Poco a poco fui perdiendo de vista esa masa de luciérnagas que albergó durante una semana, a los mayores físicos, químicos y matemáticos del planeta.

Observé durante un rato a mis queridas estrellas, veía la cara sonriente de Curie en ellas. Decidí entonces mirar por última vez la encendida y brillante Bruselas. Ahora comprendo, diez años más tarde, que lo que allí viví en la Conferencia Solvay es como mirar en la paz nocturna la desnuda ciudad de Bruselas. Esas veinticuatro brillantes bombillas fueron llenando de luz la oscuridad de unos y la ignorancia de otros, para despejarnos de nuestra somnifera monotonía vital. Fue la más certera forma de intentar acercarnos, de la mano, enamorados, a la deslumbrante y ciega verdad.

Ahora recuerdo, ahora entiendo, ahora sé que me queda poco por vivir, pero que he vivido bien. He amado, he conocido y he aprendido, y he formado parte de aquella magnífica reunión que se celebró del 29 de octubre al 4 de noviembre, en la maravillosa ciudad de Bruselas, y que espero que nunca caiga en el olvido.

¡Ojalá todos vosotros podáis algún día vivir y sentir como yo lo he hecho!

¡Ojalá todos vosotros podáis ver, algún día, las luces de Bruselas!